



EL SÉPTIMO REY

Antología de Narrativa 2012.

Taller realizado por Fundación Minera Escondida y Balmaceda Arte Joven.

Distribución y descarga digital por Indiana Music Label y Balmaceda Arte Joven.

Editado y dirigido por Víctor Escobar Díaz.

Balmaceda Arte Joven / Fundación Minera Escondida / Indiana Music Label

Antofagasta, Chile, 2013.

Imagen Portada: Shey Gerardo Pizarro.

Descarga y distribución gratuita.

INDEX

UNTITLED //// SHEY GERALDO PIZARRO	Pág 4 -10
EL CALVARIO DE HENRY //// LILIAN JIMENEZ	Pág 11 -15
SAN JOHNS //// L. ALISON RAMOS	Pág 16 -31
BURBUJA NEGRA //// KENJI KONG	Pág 32 -42
CAZADORES DE ALMAS //// FELIPE BORQUEZ	Pág 43 -48
EL RECUERDO MALDITO //// LILIAN JIMENEZ	Pág 49 -54
.. //// DANA VELIZ	Pág 55 -59

Untitled

Shey Gerardo Pizarro

La ciudad y sus luces nocturnas, titilantes, borrosas.

La ciudad en medio de la noche, una noche ebria de una tristeza burlesca; casi como una tapa rodada, que de tanto girar a la derecha para cerrarse vuelve a estar completamente abierta, lo mismo, una noche triste, tanto que llega a ser digna de carcajada.

Ella, Valentina y sus ojos de veinteañera llevan varias horas caminando, girando con violencia en las esquinas, como esperando tropezarse con alguien de la manera más brusca posible, pide que se le rompa un diente o que al menos se le raspen las rodillas. Lleva el pelo corto y despeinado de un color negro azabache que le acentúa las ojeras verdes llenas de decepciones.

Pero el castigo que añora con la ansiedad de una niña no llega, sigue caminando sola con los ojos hinchados de llorar tanto, ya no siente su cara llena de fluidos, la deja chorrear a destajo y su llanto dejó de parecer llanto, convirtiéndose ahora en algo más parecido a un quejido de animal agónico, triste lamento humillado de ultratumba.

Es de madrugada y nada podría presentar un peligro para ella, salvo su propia mente, maestra asesina

de sus propios recuerdos cálidos. Tormentos que se le vienen a la cabeza durante los momentos lúcidos, como aquellos que duran segundos, como el movimiento corto de sacar un cigarro y rodar el dedo por el encendedor hasta prenderlo, momento en que quisiera con tantas ganas que un defecto metálico del artilugio le rompiera el dedo. No es primera vez que Valentina quiere sangrar un par de gotas, pequeñas y dulces muertes que ama. Ya ha recurrido al viejo truco de cortar sus brazos con cuchillos, espejos rotos, hojas de afeitar y hasta con algún pedazo de vidrio sucio que encuentra entre la arena en esas tardes de cerveza y soledad en la playa. Tampoco es primera vez que recorre ebria las mismas rutas, ya la han visto antes deambular como un alma en pena, atrapada entre las costillas de la hostilidad de la gente.

Esta noche el dolor físico le resulta esquivo, asomándose a ratos en forma de jaqueca, la molesta compañera con la que aprendió a lidiar. Sin embargo, sufre. Y esta pesadumbre llega de otra forma, intrusiva e infinita, absurda como lo son las cosas eternas, en forma de pensamiento misterioso, de cabo suelto atado por la paranoia de su estado crítico.

Ya quedando pocas horas para que amanezca, surge al fin una pista de que sigue viva, un fuerte dolor en la boca del estómago la obliga a caer de rodillas y eliminar un poco de la viscosidad que rellena sus intestinos cansados de no recibir más que alcohol. Vomita y llora durante varios minutos que le saben a gloria, con las manos adormecidas por el golpe en el asfalto, mojada la blusa, pegado el pelo a la frente sudorosa.

Dos horas después y a sólo una cuadra del lugar, despierta Luciano, completamente perdido como lo estaría el presidente de la república en una micro provinciana. Asustado y maloliente se incorpora y sus huesos adolescentes parecen haber sido sacudidos por una fuerza sobrenatural. Luciano es un chico de 15 años, que luce por lo menos unos 10 años mayor. Es delgado, de rasgos delicados y un dejo de perturbación en la mirada. Amante del manga y el arte japonés en general.

Muchos de quienes le rodean se intimidan ante la idea de cualquier interacción amistosa con él, especialmente después de esa ocasión en que fuera de un supermercado hizo llorar de quien sabe qué (miedo, asco, estupor) a uno de sus compañeros de colegio, afanado en hacerle la vida imposible. Nadie sabe a ciencia cierta qué pasó, todo se torna borroso alrededor de esa historia; hay

rumores de una brutal golpiza que otros creen muy poco probable por el temple pasivo y cuerpo de niña de Luciano, los demás se inclinan por algún tipo de sofisticada humillación que no llega a convertirse en nada concreto, quizá por miedo o pura falta de imaginación. Además se corren rumores respecto a su sexualidad, a su supuesto mutismo selectivo y una serie de historias que él desconoce por voluntad propia.

Con una mirada rápida e instintiva Luciano recorre el paisaje más próximo, está bastante lejos de casa, su estómago está fatigado y le duele todo, desde el cuerpo que siente ajeno hasta la preocupación que intuye deben sentir en casa ahora que se da cuenta que pasó la noche fuera. Toca sus bolsillos, no hay dinero, no hay identificación, no hay llaves que le den la segura sensación de pertenecer a cuatro paredes que podrían refugiarlo del espanto matutino de despertar y no saber dónde. La lágrima amarga que hemos sentido todos, ahora baja por su garganta adolescente.

Luciano, extraviado y caóticamente confuso aclara su mente con energía que sólo puede haber obtenido de esa mala noche de sueño callejero y con un suspiro que le causa mareo decide irse a casa.

Al otro lado de la ciudad y un par de horas más tarde Laura saca de debajo de la alfombra la llave de su puerta, ubicada a pocas cuadras del ferrocarril, es una casa pequeña y solitaria que se estremece de miedo cada vez que pasa el tren siempre a las tres, tanto de la tarde como de la madrugada. A Laura, viuda supersticiosa siempre le ha parecido que el horario que tiene el tren para pasar justo tan cerca de su casa es tremenda mala suerte. A las tres de la tarde muere Jesús su salvador y en sarcástica contraposición a las tres de la mañana el diablo hace sus quehaceres.

Su marido murió hace varios años dejándola torpe como un pájaro enjaulado, con un empoderamiento de sus funciones cognitivas muy por debajo de lo humanamente necesario, es por eso que esconde la llave de su puerta bajo la alfombra roñosa que también roñosamente da la bienvenida a su morada, de otro modo la perdería quien sabe dónde. Este día en particular se siente cansadísima, como si hubiera caminado horas bajo el sol de esta mañana que parece exageradamente brillante para fotofóbicos, aspirantes a vampiro, esqueletos humanos con resaca, yakuzas y todo quien se sienta

personalmente agredido por el sol. Y es por este mismo aturdimiento, que Laura no recuerda dónde estaba antes de llegar a escarbar bajo la alfombra para entrar a su casa, su ropa apesta pero ella no lo nota, su mente divaga más en la preocupación escasa que le producen las cosas mundanas, como la coincidencia de que fuera de su casa siempre hayan autos rojos, blancos o grises, nunca otro color. Laura, joven viuda poseedora de una belleza poco probable da pasos discontinuados por su casa, dándole menos importancia de lo que debería al hecho de no recordar varios de los días que mes a mes vuelve a casa sin explicación.

Ya cerca de la una de la tarde, Máximo camina por sus calles favoritas, una serie de cuatro cuadras en línea recta más dos a la derecha, calles favorecidas por la poca concurrencia de gente y el exceso de sombra que genera la sensación térmica de un mausoleo elegante. Al final de estas calles que ya quisiera cualquiera para su recorrido diario en aquellos días de descomunales temperaturas, está el restaurante favorito de Máximo: "Los faros".

Máximo, el misterioso soltero de la ciudad, viste siempre de negro, el mismo color de su cabello, lo que le da un toque de sofisticación casi inalcanzable para cualquiera. Su piel es pálida como los huesos y sus ojos tienen ese aire de enajenamiento que lo hace ver como si levitara en esta dimensión perteneciendo a otra. Su naturaleza extraterrenal es confundida con amabilidad y por eso todos quienes han tratado con él le guardan simpatía. Embelesados por su belleza platónica desconocen que Máximo trata como trata a todo el mundo de la misma forma, porque simplemente son la misma cosa para él, una cosa con distintas caras y voces. Pide su menú de siempre y come en silencio, quienes están cerca no dejan de mirar al andrógino Máximo, quien una vez satisfecho deja un billete sobre la mesa suficiente para cubrir su comida y la propina del mesero de turno y retorna por sus mismas calles alucinadas, que probablemente sean tan idóneas sólo porque Máximo las pisa sin realmente pisarlas.

Máximo llega a la casa de Laura a eso de las dos y media de la tarde, tiene una copia de la llave cosida al interior de la manga de su camisa negra. El interior de la casa siempre le ha parecido un asco, pero no hace nada al respecto porque Laura no lo deja mover ni siquiera un florero, ella piensa que las cosas deben estar como cuando estaba vivo Raúl, el marido fallecido que Máximo nunca

conoció. Máximo solo se limita a caminar con asco y tomar notas mentales de la vulgaridad que se expone ante sus ojos, la carencia absoluta de gusto y la mala costumbre de Valentina, quien vive también ahí, de dejar todas las botellas de todos los alcoholes que toma, tirados en cualquier parte. La casa, prolija por fuera se convierte en una pocilga rancia por dentro, cuatro habitaciones que parecen mundos completamente distintos. Es costumbre de Máximo, recorrer las tres habitaciones ajenas y finalmente tumbarse a dormir la siesta en la propia.

Recorre en primer lugar la más amplia y más ordenada después de la de él. Posters de animación japonesa en las paredes, revistas y papeles en los estantes, libros, más revistas y más libros, todo apilado en estantes, todo convirtiéndose de a poco en la metrópolis perfecta de una civilización de polillas que podría llegar a asentarse en cualquier momento, es probable, como lo es cualquier idea, por absurda que sea. Luciano mantiene su habitación ordenada, pero llena de polvo y cuando llega el sol por la ventana, a eso de las nueve de la mañana puede apreciarse la belleza desorganizada de la suciedad, las partículas de otra manera invisibles, flotan a la luz del sol como si bailaran, cayeran o flotaran.

Máximo pasa un dedo por encima de una de las repisas de libros, le gusta hacerlo, piensa que es una forma secreta que tiene para comunicarse con Luciano y decirle, sin realmente hacerlo, que limpie de una buena vez los muebles. Luciano es un chico agradable, Máximo le tiene afecto y por eso sonríe antes de abandonar la habitación.

Con un par de pasos solitarios que le erizarían la piel a quien no disfrute de la melancolía del silencio que se encierra en aquellas casa cuyas raíces han sido cortadas o torcidas, Máximo se asoma en la puerta de la habitación de Valentina, y le produce tal sensación de asco, que prefiere no entrar y dejar que el fétido olor a cigarros apagados y enmohecidos apenas le roce la punta de la nariz. No es mucho más lo que hace al entrar al cuarto de Valentina, pues piensa que no hay nada más ordinario que la sobrecargada vida anacrónica de ella, esa adolescente que llegó a su vida en forma de escape y explosión de excesos.

A modo de violento contraste, se apresura a la habitación de Laura. Se ve rodeado de pulcritud

anticuada, de sábanas blancas y crucifijos en las paredes, un calendario del papa Juan Pablo segundo le recuerda a Máximo la patética ternura de los humanos con cabecillas de ave, quienes azotados por el duelo u otro dolor similar se aferran a los más ridículos estímulos. Máximo siempre se ha sentido extraño en esa habitación, hay algo que le conmueve profundamente, más no sabe lo que es, una sensación cálida de nostalgia se apodera de su estómago, retorciéndolo en una mueca de vértigo, se le nublan los ojos por la melancolía. Su mente ahora se transforma en un parque de diversiones y escucha las risas y el chirriar de las cadenas de los columpios, el brillo del sol a través de los árboles le hace cosquillas y se observa desde arriba, Máximo niño, corriendo a los brazos de su madre que lo espera con dulces y besos rojos que le quedan como huellas en las mejillas.

De un respingo, Máximo recobra el control absoluto de sus emociones, con la mano se limpia la lágrima traicionera que le corre por la mejilla, gota de agua que cae de un ojo que no debe ser de él si no probablemente de Valentina, que llora siempre y por tantos motivos, por el desamparo de su naturaleza muerta o por la vivacidad exagerada con la que siente todas las emociones, como si su corazón fuera una ciruela abierta que se reventó en el suelo.

Mete la mano a su bolsillo y encuentra un rosario, se sonríe. Probablemente Laura lo dejó ahí, conociendo de antemano la naturaleza bucólica de su gestor, procurándole una satisfacción irónica. Y por un momento, por un breve segundo de tiempo, todo aparece claro ante sus ojos; Valentina, Luciano, Laura y él, la misma persona, el mismo pelo negro, el mismo recuerdo de años de psicoterapia en manos de tantos terapeutas que desde diversos enfoques intentaron integrar la personalidad dividida de Máximo.

Por un momento todo es lúcido, como el más elaborado sueño y Máximo es su madre Laura que lo cobija en su ala de gallina cada vez que hace frío y también es Luciano, aislado entre libros y revistas de la sociedad y sus burlas ignorantes y vacías y también es Valentina, que descarga como un huracán las emociones que le entorpecen la vida.

Ya son casi las nueve de la noche, Valentina se despierta en la habitación de Máximo, con la cara demacrada, desnuda su piel y la cubre con un vestido sucio, enciende un cigarro y sale a caminar,

con una tranquilidad que le parece desconocida, una ventisca de misericordia la golpea fuerte en las mejillas, quemándolas de frío, crispando de placer su espalda huesuda.

El calvario de Henry

Lilian Jiménez

No puedo llorar, la vida pierde potencia mientras avanza el tiempo. El juego constante entre lo aceptado y lo que queremos se vuelve cada vez más fútil. Reconocemos que el placer es la clave para encontrar el camino de oro que nos guiará hacia el paraíso perdido. Pero no somos más que muertos creyendo estar vivos, y al darnos cuenta de que nuestra insignificancia nunca cambiará, que somos lo que no queremos, que nuestro latir no cambia la sinfonía de colores del universo, porque en realidad estamos muertos, sometemos a los demás para que cumplan nuestras reglas sin equívocos, convirtiéndonos en dictadores abominables llenos de placer.

De todas formas no entiendo mucho de esto, es lo que he visto a lo largo de mi vida a través de sus ojos. Aunque la realidad se veía en blanco y negro, todo era demasiado o muy poco, o simplemente se desvanecía como una pintura bajo la lluvia. Al igual que mi memoria. Las ideas que él tenía de las personas, las flores o los autos se desdibujan con mucha facilidad. Sus principios morales trastocados son una maraña de idioteces convincentes. Recuerdo su alma escondida debajo de la cama temiendo ser asesinada, pero no me crean. Sólo puedo asegurar una cosa, el tiempo no se repone. Y él lo sabía.

Me llamo Henry. Nací aquí por casualidad, no estoy seguro si era de día o de noche. No tuve madre,

ni padre, ni hermanos. Crecí solo, no del todo, pero mi compañero nunca supo que me tenía, su instinto de supervivencia me hubiese aniquilado en un instante. Eso no importa, él nunca me agradó, aunque a veces solía imaginar que sus discursos sobre la injusticia del mundo frente al espejo iban dirigidos hacia mí. ¿Quién más sino? Soy el único que ha estado con él. El único que lo escuchaba. El único que sabía lo que estaba pasando.

Llegué en el momento exacto. Su conciencia pasaba a ser una simple espectadora de un ritual endemoniado. Su piel y sus movimientos cambiaban sutilmente para convertirlo en un animal deliberadamente sanguinario. O al menos así se reflejaba en el espejo.

Algunas noches su mente excitada alimentaba extrañas imágenes. Despertaba como lobo furioso y hambriento buscando en su cama lo que no tenía. Balbuceando palabras absurdas, mientras comenzaba a hervir la lava en sus venas, afiebrando su sentido común, hasta el punto de causarle la muerte, permitiendo que naciera de las cenizas tóxicas ese monstruo de cara confiable y alma vil para adueñarse de la felicidad de los otros, indefensos e ignorantes de lo que estaba a punto de ocurrir.

Le gustaban jóvenes, de pelo largo y oscuro. Igual que aquella mujer de familia acomodada, piernas largas y mirada segura, que lo dejó hace un tiempo por considerarlo inferior, un hombre sin futuro, un bastardo. Aunque yo sé que todo fue culpa de su madre. Beatriz nunca lo quiso, se avergonzaba de él. Nunca se esforzó por conocer el potencial que tenía su hijo. Estaba destinado a ser exitoso, pero no lo vio, prefirió hundirlo en el pozo más profundo de la humillación y ahí lo dejó, abandonado y solo. Aparentaba ser su hermana mayor, hasta que sus padres no lo aceptaron más y se tuvo que marchar. Conoció a un cocinero y se casó. De esta forma su hijo ya no sería un huacho, aún así, no pudo esconder su vergüenza cada vez que lo miraba a los ojos, o que salía con él. Ella sabía la verdad y eso fue suficiente para tratar de opacar su existencia lo que más pudiera.

Su modo de operar era bastante simple. Primero las observaba. Las estudiaba una a una, con cautela. Dejando que su instinto de hombre decidiera cual sería la ganadora. Siempre era la más guapa. Se acercaba sin timidez. Era elocuente, tenía una mirada brillante y una sonrisa de político en campaña electoral. ¿Quién se podría imaginar que en la profundidad de su pecho se albergaba un corazón

oscuro y depravado?

Aparentaba ser un hombre en problemas. Cargaba libros con un brazo enyesado o su auto no arrancaba por algún problema eléctrico. Entonces se aproximaba despacio y de forma sorpresiva les pedía ayuda. Ellas embobecidas por algo que nunca entenderé, aceptaban. Y en el momento más inesperado las golpeaba con el palo que guardaba en el maletero. Un golpe seco y sin remordimiento. Las subía al auto y se las llevaba a una casucha escondida en el bosque. Mientras más vulnerable las veía, más se excitaba. Les amarraba los brazos y las piernas, las violaba llamándolas putas malnacidas, perras que no merecen vivir porque nunca aceptarían a un hombre como él. Algunas veces ellas escapaban y corrían por el bosque tratando de encontrar una salida o alguien que las ayudara. Esto le divertía más, sus expresiones faciales diciendo "te tengo miedo" lo acercaban al éxtasis, lo llamaban para que abusara de ellas una y otra vez, para que las lastimara sin piedad, fomentaban su muerte.

Jugaba al corre que te pilló hasta que se cansaba y el odio lo embargaba eléctricamente. Las pateaba en el suelo, las golpeaba con los puños hasta la muerte, o si tenía ganas les azotaba la cabeza con una piedra. A más de alguna se la cortó. Recuerdo que la primera, la más especial, aquella muchacha que no le dio su número en una discoteca, la degolló y se la llevó a su departamento. Le gustaba masturbarse mirando su trofeo, recordando cómo se retorció cada vez que el introducía un pedazo de madera en su vagina. A las demás, las disecaba en poses sexuales sacadas de películas pornográficas. Les maquillaba los ojos y la boca como prostitutas y las dejaba esparcidas por el bosque.

Diez, veinte, treinta y suma que siguen cayendo esas pobres caperucitas en las garras del lobo. Hasta que cometió un error.

Fue una tarde de primavera. Estábamos en un minimarket del centro. Una muchacha de piel tersa y ojos azules se acercaba a su auto. El la acechó y le dijo que era policía, que la iba a ayudar porque unos delincuentes habían tratado de robar su auto y que debían ir a la estación de policía más cercana para hacer la denuncia. La muchacha le creyó y se fue con él. En la carretera ella se dio

cuenta que todo era una mentira. Comenzó a gritar por ayuda y a golpearlo. Trató de saltar del auto pero él se lo impidió y le envolvió una muñeca con sus esposas. Ella luchaba para que no pudiera ponerle las esposas en ambas manos. Lo golpeaba con todas sus fuerzas. Él estaba enfurecido, pero no podía mantenerla tranquila sólo con una mano. La muchacha era fuerte, y logró escapar. Consiguió auxilio con un motorista que pasaba y se fue a la comisaría. Los policías que lo buscaban hace mucho tiempo al fin tenían el retrato y la confesión que tanto esperaban. Ella había conocido al monstruo que aparentaba ser amigable. Ella fue su mayor error y él lo sabía.

Aún no comprendo por qué no la golpeo como a las otras. Su juicio debió estar cegado por su arrogancia. Se creía invencible. Pensaba que nunca lo encontrarían. Pero para estar más seguro nos fuimos a otra ciudad.

No pasó mucho tiempo para que comenzara la orgía de sangre que lo mantenía vivo. Fue la fraternidad de una universidad cercana la que encabezaría el desenfreno compulsivo de placer. Torturó a más de 10 mujeres sólo esa noche. Algunos dirán que fue su obra maestra. Pero en realidad su baja salió a la luz cuando una niña de 12 años le llamó la atención. Se la llevó a un lugar abandonado que encontró en las afueras. La azotó con toda la repulsión que un hombre puede sentir y al verla tan frágil se excitó como nunca antes y violándola la mató. Cuando sació su instinto asesino la abandonó cerca del río.

La policía lo pilló unos días después en un chequeo de carretera. Lo encerraron y se llenó de periodistas que querían pasar a la fama por haber entrevistado al primer hombre llamado asesino en serie; Teodoro Bundy. Le llegaban más de 200 cartas de admiradoras idiotas fascinadas por la mente retorcida de este estúpido animal. Nunca se dieron cuenta que para él no eran mujeres, eran simples objetos que le proporcionaban placer. No valían nada, la tierra seguiría igual y mejor sin la presencia de esas perras. Sin embargo mucha gente lo trató como un bicho raro. Esto lo indignó. No se sentía diferente a los demás, quizás en algún pequeño espacio bien escondido de su ser, él quería ser normal, ser aceptado completamente, pero sólo a veces.

Lo sentenciaron a la pena capital. 2000 voltios recorrerán todo su cuerpo por el tiempo necesario

para causarle la muerte. Pero antes se hará su último corte de pelo que esta vez será un rasurado completo y lo llenarán de algodón por el ano.

Morirá con una capucha en la cabeza, las manos amarradas y el tronco sujetado a la silla. Su cabeza estará cubierta por un electrodo de cobre conectado a un casco de metal que se encargará de esparcir los electrones del infierno hasta los pies. El verdugo presionará el botón que dará paso a su fin. Primero se morirá su cerebro, aquel que planeaba cada una de sus atrocidades. Luego su corazón, bueno, si es que ya no está muerto. Y yo... sólo sé que ese es el mejor castigo para este animal, pero ¿yo qué? Mi único pecado fue nacer aquí. Una vez escuché a alguien decir que sólo se siente culpable quien cedió en su deseo, pero él no sintió remordimiento. Sus deseos lo dominaban como títere con cuerdas de acero. Solamente el miedo a morir lo hizo llorar, y sólo en ese segundo se arrepintió de no haberse arrepentido antes.

Siempre supe que no estaba en mi destino irme a otro lugar, este es mi hogar y será mi tumba, pero jamás me imaginé que mi fin sería así. Quería morir con gloria no como un simple gusano explotando electrocutado dentro del ojo de este humano. Nadie me llorará, ni sabrá que alguna vez existí. Me asesinarán por los pecados de otro. No me puedo arrepentir, porque no soy culpable de su vesania. La única delincuente aquí es esa maldita mosca que me dejó en el cuerpo equivocado, apostando lo que no era de ella... mi vida.

San Johns

L. Alison Ramos

El bar "San Johns" es un lugar muy concurrido, y lo ha sido desde que Carlos tenía memoria. Allí florecen, quizás como en todos los bares, un sin número de almas e historias propias de novelas negras. Sitios tan curiosos como estos por lo general son atendidos también por sujetos bastante particulares, este caso no es la excepción. Su nombre es Morgan, un hombre fácil de reconocer. Con un cuerpo que parece no haber comido en días, se mueve por todos los rincones del bar recogiendo botellas, levantando vasos, moviendo ebrios, aunque según sus propias palabras su lugar favorito es la barra. Siempre viste de púrpura, piensa que le da suerte, pero es preciso omitir el pálido de su piel que hace dudar de tales aseveraciones.

Hace muchos años trabaja en este lugar, y casi sin querer ha clasificado a sus clientes. Los divide entre "curiosos" y "los de la casa". Los primeros son turistas que han escuchado alguna historia del lugar o que sólo llegaban víctimas de la sed y la guía de viajes que tenía una fotografía de la puerta de madera con los vidrios de colores "San Johns", sujetando apenas el antiguo letrero tallado al estilo del

viejo oeste, apropiado para este desierto. La reseña en la guía de viajes dice: "Ubicado en el centro de la ciudad el bar 'San Johns' fue fundado en 1953 y es uno de los sitios tradicionales del puerto. Propiedad de la familia Miller, el lugar goza de un ambiente lleno de misterio y camaradería, sumado a la mejor cerveza artesanal de la región"; referencia, que aunque insuficiente, llenaba a Morgan de orgullo. El segundo grupo, "los de la casa", son casi parte de su familia y como tales tienen un trato especial que va desde un trago extra, hasta servicios de "psicólogo after office". El tipo tiene respuestas para casi todas las "tragedias" que le cuentan y en caso de no tenerlas nunca falta el alcohol para ahogar algunas penas. A veces verlo trabajar detrás de esa barra, da la impresión que Morgan ve su trabajo como mecanismo de redención, de alguna manera estando entre tantos seres miserables, oyendo sus angustias, piensa salvar su propia alma.

Hablando de seres miserables, uno de sus clientes habituales solía ser Carlos Cazas. Un ser absolutamente despreciable. A sus 54 años, lo que mejor hacía era beber. Aun vivía con su madre y ni hablar de esposas o hijos, estos hacía tiempo ya le habían olvidado, así también lo había hecho él en cierto modo. El día de los terribles acontecimientos de los cuales serán testigos, él había tomado el día libre en la empresa y después de casi 5 horas bebiendo su cuerpo estaba prácticamente incrustado en la barra que Morgan con tanto respeto limpiaba.

-Morgan, amigo, compartiría contigo el resto de esta botella si me hicieras un favorcillo -propuso con una voz un tanto quebrada.

Morgan se echo a reír y mientras seguía limpiando contestó:

-¡¡¿Sólo la botella?!! Prefiero que me pagues esa botella antes de ayudarte en algo.

Para su desgracia y su bien planchada camisa, Morgan había olvidado que a Carlos, Charly como solía decirle, no le gustaban las bromas, de la clase que fueran, por eso cuando su enorme puño se abrió paso entre las otras botellas y lo agarró de la camisa, no fue una gran sorpresa para nadie. Es más todo el mundo continuo como si nada hubiese estado pasado mientras el tabernero estaba a punto de ser estrangulado por el gorila que gritaba:

-Hablo en serio, imbécil, necesito tu ayuda- dijo ya en un tono más claro y menos ebrio que antes.

Morgan no era ningún idiota y su instinto de supervivencia le aconsejó tratar de calmar las pasiones de Carlos y decirle que ya entendía el mensaje, mientras trataba de soltarse de sus garras, que a propósito habían conseguido dejar una pequeña marca en su cuello con la presión de la camisa. Le pidió que le contara el resto de la historia, mientras pasaba la mano por sobre su camisa como tratando de borrar las arrugas. Para su sorpresa él insistió en su primera propuesta y agregó:

-Necesito matar a mi madre, son quince años, quince años de mi vida los que me ha robado esa mujer. No la soporto más quiero, que se muera. ¡Que se muera ahora! -gritó antes de dejar caer su cabeza sobre su antebrazo.

En ese bar pasan cosas "raras", cómo adolescentes acompañadas de hombres mayores o sujetos que se reúnen a ciertas horas e intercambian fajos de dinero; pero no me digan que un tipo que vienen pidiendo ayuda para matar a su madre es algo que se ve todos los días. Por lo que le dijo:

-Pero hombre, no puedes querer matar a tu madre, hay otras formas de sacarla de tu vida, piensa en los asilos o casa de reposo- propuso mientras continuaba ordenando las botellas que Carlos había vuelto a desordenar.

Si algo sabía Morgan de la madre de Carlos era que sufría demencia senil desde hacía ya hace un tiempo, pero jamás había reparado en que habían pasado quince años y que quizás este pobre diablo ya no aguantaba más, pero ¿querer matar a su madre? eso era algo desesperado.

-¿Y un asilo, Charly?, no te parece buena idea- insistió esperando respuesta.

-De ninguna manera, la anciana me ha robado toda mi vida y quiero que pague- exclamó Carlos mientras apoyaba el vaso de un golpe sobre la barra, diciendo:

-Morgan, amigo, necesito que muera ahora, o terminaré matándola yo mismo- mientras parecía

apretar el vaso y los dientes de tanta ira contenida.

-Tranquilo Charly, no hay necesidad de ponerse violentos. ¿Realmente quieres deshacerte de Silvia?- preguntó mordiéndose el labio inferior derecho, mientras en la esquina de los ojos parecían saltarle chipas.

-¡Morgan!, ya te lo dije una vez- recalcó entre dientes mientras empuñaba su mano derecha.

Morgan un tanto nervioso y dando un par de pasos atrás, como para no ser alcanzado por sus gruesas manos, respondió:

-Ok, ok... Pero te costará más que una botella de vino mi querido Charly- terminó diciendo mientras soltaba una picara sonrisa.

-Cuánto más, tengo dinero si es lo que te preocupa, te puedo dar todo mi sueldo si es necesario- presumió mirándolo a los ojos, esperando una, como buscando una esperanza, una solución.

Morgan, acercándose de a poco a su posición inicial mientras pasaba un mantel blanco por sus manos, contestó:

-Le dicen el Jardinero, nadie conoce su verdadero nombre, pero tiene una florería en la esquina de la Uribe con Catorce de Febrero, ahí está su teléfono por si te decides- Carlos miró la tarjeta que había entregado Morgan y no pudo pasar por alto que decía:

"El Jardinero"

Reparto de flores y arreglos florales a domicilio.

Llamar a 055-487250.

Siempre a su servicio.

-¡Quiero a la vieja de mi madre muerta, maldito imbécil! No mandarle flores por el día de las madres- volvió a gritar mientras el vaso de cerveza parecía trisarse entre sus manos.

Morgan haciendo uso de la habilidad adquirida en estos años de "psicólogo improvisado" le explicó bien a Carlos de que se trataba. Era un servicio de mercenarios, el único en la ciudad. Le contó que el dueño, después de matar a sus víctimas, iba a dejar un ramo de flores al funeral, por lo que decidió poner una florería, así las flores saldrían más baratas.

Carlos aún un poco incrédulo, guardó la tarjeta como pudo en el bolsillo de sus jeans manchados de grasa de motor de autos y siguió bebiendo hasta quedarse dormido sobre la barra. Despertó cerca de las 4:00 am cuando Morgan recogía los últimos ceniceros, quien al ver que su amigo reaccionaba no pudo evitar gritar desde unas mesas al fondo:

-Qué pasó Charly, tienes la barra marcada en la frente, no me digas que las malas intenciones se te fueron a la cabeza- mientras soltaba una sonrisa amable. Carlos lo miró con cara de pocos amigos, se levantó y dando pasos un tanto angulados se fue a su casa.

A duras penas logró encajar la llave en la cerradura y arrastrando los pies subió las escaleras. Era tarde y en otras épocas su madre estaría durmiendo, pero eso era en "otras épocas", de las cuales Carlos sólo tenía vagos recuerdos, igual que otras cosas, como dormir más de tres horas seguidas por noche, la última vez que sus hijos lo llamaron para preguntarle si estaba bien o para contarle cómo les había ido en la escuela, o cómo se sentían las manos de una mujer acariciándole el rostro sin que tuviera que pagarle.

Las luces de la habitación de Silvia estaban encendidas. María, la enfermera, las dejaba así para que no se asustara y comenzara a gritar si llegaba a despertar durante la noche; precaución que Carlos consideraba inútil pues Silvia no dormía, sólo se sentaba a los pies de la cama balbuceando historias que no recordaba por completo, inventando palabras y moviendo las manos tratando de

ejemplificar distintas situaciones a su audiencia invisible.

No podía soportarlo más, cerró la puerta de la habitación de su madre. Camino con pasos derrotados a su propia habitación, que para su desgracia estaba junto a la de ella, sabiendo que aunque se acostara la escucharía balbucear detrás la pared, con su voz ronca que era interrumpida por unos tos mal cuidada que hacía parecer que la garganta se le desgarraba. Se tendió sobre la cama que no había deshecho desde hace varios días, y se resignó a que sus únicas horas de sueño habían sido en el bar.

-¿Realmente ha sido suficiente? ¿Realmente quiero deshacerme de Silvia?- se volvió a preguntar por décima vez ese día y por décima vez se había respondido lo mismo. Estaba seguro, era necesario hacerlo, pensó mientras miraba con atención la tarjeta que le había entregado Morgan. Sacó su teléfono de uno de sus bolsillos y se dispuso a marcar. Eran las 4:00 am, realmente no esperaba que alguien le contestara, pero se dijo a sí mismo que si se trataba de un servicio de asesinos a domicilio no se incomodarían que alguien llamase a esas hora. Él estaba en lo correcto, enseguida después del segundo tono de llamado una voz femenina al otro lado de la línea le respondía:

-Florería "El Jardinero", buenas noches, en qué podemos ayudarle.

Carlos se paralizó y un tanto tímido dijo:

-Eh, eh, estoy llamando porque me entregaron su tarjeta en "San John", el cantinero Morgan- pero la dulce voz al otro lado de la línea y con un tono aun más dulce, volvió a preguntar:

-Muy bien señor, qué desea.

Carlos un poco confundido, pensando en que quizás se trataba de otra estúpida broma de Morgan, dijo casi murmurando:

-Morgan me dijo que podían matar a mi madre.

La mujer al otro lado contesto:

-No señor, lo sentimos, no nos especializamos en asesinatos, pero podemos enviarle flores a su madre, seguramente les gustarán mucho más que un cuchillo atravesándole la garganta.

Carlos se llenó de ira y comenzó a temblar de los pies a la cabeza mientras gritaba:

-¡Tremendo imbécil! ésta ha sido la última vez que este hijo de puta me ve la cara- y colgó de un golpe.

Movía la cabeza de un lado a otro pensando en cómo había sido tan ingenuo como para creer que en un bar en el centro de la ciudad, le recomendarían un servicio de mercenarios. Morgan se la había jugado de nuevo, pero ésta sería la última vez; mañana mismo iría al bar y sin más explicaciones le daría vuelta la cara de un golpe, se lo había ganado.

Tiró el teléfono junto con la estúpida tarjeta sobre el velador, abrió el primer cajón y sacó una petaca, de la cual bebió en un solo trago hasta la última gota. No era lo suficiente para dejarlo ebrio pero al menos le quitaría esa sed desesperante que lo invadía, que parecía alojar a todo un desierto en su garganta.

Pasaron las horas, Carlos sin cerrar los ojos en toda la noche miró el reloj y comenzó a arreglarse para ir al trabajo, se duchó, se puso ropa limpia y caminó fuera de la habitación. Pasó fuera del cuarto de Silvia, que aún reía con sus amigos invisibles, se detuvo un segundo junto a la puerta y la abrió lentamente para mirar a su madre. No pudo mirarla sino con odio, todos el cariño de su infancia se había desvanecido, Silvia no era la mujer a quien él había admirado, no podía correr hacia su falda en busca de respuestas y quedarse ahí protegido del mundo, había desaparecido y eran sólo un cuerpo muriendo de a poco. Volvió a cerrar la puerta de la habitación con un portazo deseando con toda su alma, pidió que ella se quedara en ese lugar y que ni siquiera un sonido de su arrugada boca traspasara las paredes, pero sabía que su deseo era imposible, así mientras el portazo aún resonaba en sus oídos, comenzó a bajar las escaleras. Cuando iba llegando a la puerta principal sintió

que las llaves de María en la cerradura y vio su moreno rostro asomarse tras la puerta.

-¿Qué ha pasado?- dijo en un tono inquieto -Venía del jardín y oí un portazo, ¿se encuentra bien la Señora Silvia?- preguntó con miedo, pues ella también podía ver el odio en los ojos de Carlos cuando miraba a su madre.

-Nada, sólo cerré fuerte la puerta de mi dormitorio, y supongo que mi madre se encuentra bien, los locos no padecen y de todas formas ese es tu trabajo, por eso te pago- respondió Carlos con desprecio, mientras tomaba su bolso junto a la puerta y con la mano izquierda apartaba a María de la entrada. Salió de su casa y en pocos minutos estuvo el transporte fuera para llevarlo al taller donde trabajaba desarmando autos y arreglando otros.

Las horas pasaron, no volando como él quería pero si lo suficientemente rápido para terminar su turno justo cuando no podía más de sed. Le pidió al chofer del bus que debía llevarlo a casa que lo dejara en la esquina de Maipú con Uribe, en el Bar de "San John", no se le había pasado la rabia con Morgan, es más, ésta ya había fermentado y lo tenía tan podrido que solo quería solucionar sus "cuentas pendientes" con Morgan. El lugar estaba abierto y estaban "los de la casa" ocupando toda la barra.

-¿Dónde está Morgan?- preguntó a Enrique, el otro cantinero.

-Morgan se fue de vacaciones, vuelve la próxima semana Don Carlos-

-¡Ese hijo de perra!, sabía que yo llamaría a la florería. Pero volverá a estar detrás de esta barra. Después de todo servir cervezas es lo único que sabe hacer ese saco de pelotas- aclaró mientras golpeando la mesa mientras le hacía un gesto a Enrique para que le sirviera de la botella de whisky que tenía en las manos. Enrique entendió el mensaje y puso un vaso y lo llenó hasta la mitad; Carlos, que siempre tenía sed, se lo bebió en un suspiro y no pudiendo más con el mal rato le dijo que se lo cargara a la cuenta y salió del lugar, total si era por el licor, tenía de sobra en casa, y en una de esas se armaba de valor y terminaba lo que el "Jardinero" de Morgan nunca había empezado.

Eran las 20:00 horas de la noche en el reloj de Carlos cuando estaba de vuelta en su casa. Sabía que en ella no había nadie, que Silvia estaba sola hace una hora, pues el horario de María terminaba a las 7:00 pm. La reja estaba cerrada, como de costumbre, la abrió y dio unos pasos a la puerta principal. Se detuvo de improviso cuando vio en el piso junto a la puerta un gran adorno florar con distintos tipos de flores rojas, se acercó y tomo una pequeña tarjeta blanca que sobresalía:

"Un gesto de amor hace florecer incluso a las almas desiertas"

Florería "El Jardinero".

-¡Morgan y la concha de tu madre! ¡Maldito imbécil! ¡Esto es chistoso para ti, hijo de perra!- gritó mientras pateaba las flores que quedaban esparcidas por toda la entrada y miraba de un lado a otro esperando ver los ojos hundidos del cantinero riéndose de su desesperación.

Después de mucho buscar por el jardín, por fin abrió la puerta y dejó caer su bolso junto a las escaleras. Cuando miró hacia arriba vio la cabeza de Silvia que estaba de ojos abiertos, mirándolo, con la garganta abierta de lado a lado y su rostro lleno de sangre.

-Esto es imposible- pensó, mientras subía lentamente las escaleras y extendía sus manos para alcanzar el ensangrentado cuerpo de su madre.

-"El Jardinero", quién más- dijo en voz alta mientras apenas salía del asombro y en su cara se dibujaba una sonrisa.

Hacía años que esperaba este momento y hoy como si nada con flores en la puerta, había ocurrido. Sintió como todo volvía a estar en paz. No había más que el sonido que hacía la mecánica del reloj de pared en la cocina, que débilmente atravesaba las paredes y llegaba a los oídos de Carlos.

Como pudo, procurando no mancharse con la sangre en el piso, comenzó a enrollar el cadáver de Silvia en un gastado sweater que estaba en el respaldo de una silla junto a la escalera. Habiendo cubierto la mitad superior del cuerpo, la agarró por las muñecas y comenzó a arrastrarla hacia el

patio. Su cuerpo era más pesado de lo que imaginaba, aunque ella en realidad no superaba los cincuenta kilos. Carlos pensaba que tanto tiempo al sol le había hecho más pesados los huesos, pues los últimos días Silvia no hacía más que quedarse sentada junto a la ventana, quizás mirando a los niños que corrían por la calle o a las aves que se acercaban al verla blanca como una estatua.

-¿Sufriste mucho?- preguntó al cadáver en un tono irónico sabiendo que no tendría respuesta.

-Espero que así haya sido, vieja de mierda, te lo merecías- continuó diciéndole en la cara mientras el pijama de Silvia se cargaba de sangre, y como pluma de tinta, la esparcía por el pasillo y la escalera, haciendo el íter de sus culpas.

No era necesario que él la arrastrara, pues perfectamente podía cargarla en brazos, pero consideró que era más justo por todas las miserias que le había causado, él tenía la convicción que arrastraba una bolsa de la basura con un animal muerto.

Bajando las escaleras, los talones de Silvia sonaban en golpes secos y rítmicos, que se asemejaban al latido de un corazón: "tac, tac tac". Carlos no pudo dejar pasar que ese sonido, era exactamente el sonido del corazón de Silvia, y rechinando los dientes pensó que no la extrañaría y sujetó más firmes las muñecas.

Sólo pensaba que por fin se había acabado todo lo que le atormentaba, los gritos sin sentido y las conversaciones a medio terminar, las tres horas de sueño para su cuerpo cansado. Ya no tendría que preocuparse por los medicamentos en la cocina que estorbaban junto a la alacena o por los pañales para adultos que trataba de esconder cuando la gente se armaba de valor y venía a visitarlo. Podría llamar a Ellie y decirle que su madre no les daría más problemas y que ella podía volver con sus hijos a casa. Organizaría un asado el próximo viernes e invitaría a sus amigos del trabajo para que vinieran a compartir con él, no era un tipo de muchos amigos, pero sabía que si ofrecía alcohol gratis más de alguno llegaría. Pensó incluso de manera optimista que podría retomar los estudios que por cuidar a su madre había dejado inconclusos, volvería a la facultad y se graduaría de ingeniero industrial. El solo hecho de saber que no vería más a su madre teniendo conversaciones interminables frente al

espejo del pasillo con su propio reflejo, el cual ya no podía reconocer, lo llenaba de alegría.

Salió al patio, que a esas horas de la noche sólo se iluminaba con la luz que llegaba de la calle. Arrastró el cuerpo unos metros, dejando caer el peso muerto junto al único árbol que existía. Se trataba de una higuera, plomiza y triste como su madre.

Su sorpresa fue mayor cuando se fijó que a los pies del árbol había cavada una fosa, se preguntó si era del tamaño de su madre. Movi6 el cuerpo sujetándolo de un pie y un brazo y lo lanzó en la zanja. No le sobraba ni le faltaba espacio, era perfecto.

Lanzó el sweater ensangrentado de su madre; le cayó sobre la cara. Después de eso tomó la pala que estaba junto al montón de tierra que había salido del agujero y comenzó a devolverla, cubriendo primero el rostro de su madre.

-No mi es culpa, aparte ya estamos a mano- se repetía como mantra, mientras sudaba más con cada pala de tierra que arrojaba para cubrir la fosa.

Su madre, la causante de todas sus desgracias, estaba bajo tierra. Siempre pensó que su muerte le aliviaría la sed que sentía, quizás la tos seca de su madre era puro desierto y eso le secaba la garganta.

Pero no fue así, una vez sepultado el cuerpo, si es que puede llamarse de esa forma, fue a la cocina y buscó en la despensa su reserva de alcohol, la llevó al final del patio y dejándose caer junto a la higuera con la gracia de las focas comenzó a beber. Era un vino para "valientes", pero a Carlos le supo como una gran cosecha. Saboreó hasta la última gota, degustando cada trago.

Con el pasar de las horas se quedó dormido, mientras trataba de convencer a sus sentidos de lo que estaba sucediendo era lo correcto. Durmió junto a la higuera toda la noche y abrió los ojos cuando el viento frío comenzó a quemarle las mejillas, y colándose por su garganta mientras le dificultaba respirar, le recordó de paso que aún tenía sed. Carlos estaba feliz, se levantó como pudo y cruzó el

patio de vuelta a la casa con los pies descalzos. Hoy no iría al trabajo, había cosas más importantes por hacer.

El resto del día, sólo se dedicó a limpiar la casa. No sabía si llamar a Morgan o a la florería para hablar sobre el precio del trabajo, que a todo esto había sido impecable. Horas antes había salido a preguntarle a sus vecinos si habían visto a alguien extraño rondando su casa, pero nadie había visto a nadie aparte de María. Todo era perfecto. Por supuesto en su inexperto interrogatorio no mencionaba la trágica muerte de su madre, era algo que quería mantener en secreto, de todas maneras nadie la conocía mucho en el barrio. Llamó a Morgan al número de teléfono del bar, pero colgó en el mismo momento que recordó que este estaba de vacaciones, así que volvió a discar un número, pero esta vez el de la florería. No contestó nadie, le pareció muy extraño pues eran las 06:00 de la tarde. Lo intentó nuevamente pero al ver que tenía el mismo resultado se dijo a si mismo que lo intentaría más tarde.

Las horas pasaron y la noche cayó de improviso. Recién y arrastrando su cuerpo a las 06:30 am subió las escaleras; cruzó la puerta de su dormitorio en silencio de su madre y continuó hasta llegar a la ventana. Se sentó en el borde mirando hacia el patio, en dirección a la higuera, cuando de pronto advirtió que esta estaba llena de flores, todas rojas y grandes, eran flores similares a las orquídeas.

-¡Imposible!- pensó refregándose los ojos, no sabiendo si había bebido demasiado.

Se levantó de un salto y bajó corriendo las escaleras, cruzó el patio a pies descalzos y sin poder dar crédito a sus ojos estiró las manos y acarició los pétalos de aquellas extrañas flores. Parecían tener pequeñas espinas, iguales a las hojas de la higuera y tenían aroma a sangre coagulada. Al sentir el "aroma" Carlos se alejó de inmediato la flor de su rostro.

No entendía nada, las higueras no florecen, que estaba pasando. De pronto escuchó una risa profunda que venía desde detrás de la higuera y vio asomar una bota negra cuyos remaches brillaban con la luz que se colaba entre las hojas del árbol, era Morgan que bestia de pantalón de tela negro y arreglaba los puños de su camisa púrpura.

-Charly, Charly, Charly, mi obeso y alcohólico, Charly- dijo con cierta cadencia mientras meneaba la cabeza de un lado otro.

Dio unos pequeños pasos y haciendo una pausa agregó:

-A caso no recuerdas que te dije: "un gesto de amor puede hacer florecer hasta un alma desierta", bueno aquí está mi gesto de amor- mientras golpeaba su bota de manera rítmica sobre el suelo donde estaba el cuerpo de Silvia -Bueno es el momento de hacer florecer almas desiertas- finalizó con una sonrisa afilada que hacía aún más tétrico su blanco y enjuto rostro.

-Con que tú eres "El Jardinero"- dijo Carlos sin agregar otro apelativo como "imbécil", "idiota" o "hijo de puta", si el sujeto era capaz de abrirle el cuello a una anciana podía decirse a lo menos que es decidido, por lo que había que mantenerlo a una distancia prudente.

Morgan volvió a soltar una sonrisa de esas que dan miedo y contestó:

-Naturalmente, mi querido Charly, ser Cantinero es sólo mi "empleo de medio tiempo", después de todo ser también un Miller no puede ser un impedimento para lo que realmente me apasiona, la jardinería- estiró la mano a una de las extrañas flores y las acercó a su nariz para continuar:

-Son cinco mil años, mi querido Charly, tratando de sobrevivir en este mundo; no pensarás que lo único que sabe hacer este saco de pelotas es servir cervezas ¿o no?- increpó haciendo recuerdo de las palabras que había escuchado de la boca de Carlos, a través de los oídos de Enrique la noche anterior, y agregó: -También creo, amigo mío, que es tiempo de pagar tus deudas- dijo con voz suave, dejando que la flor que tenía en las manos volviera al lugar de donde la había alcanzado.

-Ok. Morgan, tú dime la cantidad y yo pago, el dinero no es problema.

Ciertamente se sintió estúpido hablando de dinero con un ser que ya para ese entonces era a todas luces un ser sobrenatural. Tan seguro estaba de esto último que ni siquiera se atrevió a preguntarlo.

Carlos estaba asustado, sí quería ver muerta a su madre, pero no le interesaba que la matara el mismo diablo. No quería tener deudas pendientes con alguien así.

-Bueno, Charly, ya que veo que el dinero "no es problema", pero quiero que me pagues con algo más. Sería muy simple quitarte la vida, pues sería cosa de tomarla personalmente, sin embargo detesto trabajar en mis días libres, así que deberás hacerlo tú- explicó Morgan mientras jugaba con las puntas de sus dedos. Y agregó:

-Quiero que me des tu sangre Charly, será como jugar a la ruleta rusa, si te desangras antes de que te encuentre alguien, serás mío y si bien seguirás con vida, lo harás bajo mis órdenes. Si no te desangras antes de que alguien llegue en tu auxilio conservarás tu vida. Así de sencillo, ese era el precio- sonrió por tercera vez y pasó su lengua puntiaguda por sus labios.

Carlos miró el reloj que llevaba en la muñeca, este marcaba las 06:50 am, María llegaría en 10 minutos. Si hacía los cortes no tan profundos María alcanzaría a salvarlo. Aceptó el trato.

Morgan sacó de su bolsillo derecho una navaja en la cual se reflejaban los ojos tristes de Carlos. Se la entregó y Carlos se echó a reír cuando leyó en la empuñadura de la navaja el nombre de Silvia, no quiso preguntar "por qué" ni "cómo", ya se imaginaba la respuesta.

-Así es, Charly, esa navaja la usé con tu madre y sí sufrió mucho cuando le atravesé el cuello, por si las dudas. La navaja tiene poco filo, por normas del sindicato, ya sabes -dijo mientras reía como si ya hubiera ganado la apuesta.

Carlos la empuñó firme y con la punta hizo un agujero en su muñeca izquierda. La introdujo más y la tiró rasgando la piel lo suficiente para dejar que saliera la sangre. Trató de hacer lo mismo con la mano derecha, pero no tenía la misma fuerza. Morgan quien no estaba contento con el resultado de esa mano, se acercó a Morgan que estaba de rodillas y diciendo:

-¡Odio trabajar en mis días de descanso!- reclamó mientras se acercaba a Carlos. Le quitó el puñal

de las manos y lo introdujo de punta rasgando de igual manera que la mano izquierda frente a los ojos incrédulos de su víctima- Ahora sí, Charly, no sientes el equilibrio- agregó mientras trataba de calmar su respiración un tanto agitada por el esfuerzo hecho.

Carlos sentado sobre sus piernas comenzó a ver como la sangre se le escapaba, fluía con más rapidez de la que él había estimado, eso era todo. María nunca llegaría, pese a eso él miraba la puerta de la casa casi con desesperación.

-¡María debe aparecer, siempre lo hace, siempre es puntal. ¿Dónde mierda está?- pensó Carlos casi al borde de las lágrimas.

Morgan, que ya se había dado cuenta de la desesperación de Carlos dijo:

-¡Ah, sí, María! te mandó un mensaje- mientras su piel cambiaba de color, su voz se suavizaba y su cuerpo adquiría una nueva forma- Don Carlos, no llegaré hoy debo pasar a dejar a mis niños al colegio.

En ese instante entendió que estaba perdido. Nadie lo rescataría, nadie podría meter las manos en esa tumba llena de flores rojas en la que había caído ni menos rescatarlo de aquellas pálidas manos. Comprendió que nunca podría ser libre, de todas maneras nunca lo había sido. Tenía el mal alojado tan adentro que aunque lo intentara no podría haberlo visto entrando a su casa todos los días a las 07:00 am. Quedó tendido en el suelo mientras las flores de la higuera caían sobre él, como si las atrajera la sangre de sus manos, dejando el árbol como antes.

Él quedó tendido en el piso mientras el sol iluminaba su pálido rostro que estaba lejos de ser pacífico. La vida en la ciudad siguió como siempre, nadie había visto las flores, nadie había escuchado las conversaciones de Carlos, a nadie le interesaba tampoco si él estaba vivo.

A la siguiente semana Morgan volvió a su trabajo, se puso del otro lado de la barra y comenzó a servir tragos. Le contaba a los sujetos del bar lo relajante que había sido escaparse a la playa durante unos

días, lo interesante que era la gente por esos lugares y que sin duda volvería el próximo mes. Volvió a ordenar las botellas con la misma calma de siempre. De pronto entra el bar Alberto, uno de "los de la casa", camino hacia la barra.

-Morgan, dame lo más fuerte que tengas- pidió el hombre estando aún agitado por los hechos que sólo él conocía. Miró con espanto el espejo que estaba al fondo y comenzó a buscar rápidamente en sus bolsillos un pañuelo para limpiarse las pequeñas manchas de sangre que tenía en el rostro y que no había advertido hasta ese entonces.

-Parece que necesitas ayuda- agregó Morgan, sacando de su bolsillo el pañuelo que le ofreció amablemente.

El sujeto lo miró con cierta desconfianza, sabía que estaba solo y que el cadáver que se descomponía en el maletero no desaparecería por arte de magia. Así que tomó el pañuelo y le dijo:

-Morgan, esta vez realmente necesito ayuda- aclaró mientras golpeaba su mano nerviosa sobre la barra.

Burbuja negra

Kenji Kong

En plena mañana, agonizante e intolerable, la aterciopelada bolsa quería salir a dar un paseo. Un paseo como ninguno, se imaginaba. Había pasado demasiado tiempo en el inamovible y costoso perchero de fina porcelana que la primera dama resguardaba con esmero en un rincón asolado y sólo quería ver y explorar el mundo. Un mundo lleno de dichas e igualdad. Un mundo lleno de alegrías y valores. Tal como se escuchaba en los pasillos de la Casa Blanca, la gran fábrica de sueños que repartía equidad y amor a cada uno de los habitantes del agraciado mundo.

La primera dama era una persona reservada. Una persona humilde y cuidadosa, a la vez de amorosa y consecuente. Obviamente lo debía ser, de otro modo, ¿cuál sería el motivo del que nunca sacara la bolsa del calor hogareño de la Casa Blanca?

-Qué cariñosa es la señora, ¿no lo crees?- decía el perchero.

-¿Por qué lo dices?- respondía la bolsa.

-Nos deja en esta cálida esquina descansando, mientras que tiene trabajando todo el santo día a aquel desdichado perchero amarillo, y a aquella rosácea y brillante bolsa de allí.

-Se preocupa bastante por nosotros, ciertamente.

Desde el techo, a metros de distancia del perchero, una diminuta y ansiosa araña bajaba en dirección a la molesta mosca que indagaba los bolsillos de cuero de la bolsa.

-Pero estoy cansado de lo mismo, perchero- exclamó de repente la bolsa.

-¿A qué te refieres?

-Quiero ver el mundo del que tanto hablan. Ya tuve que soportar mucho estando en aquel mostrador de la tienda. Esperaré el mejor momento y huiré.

-Que tengas suerte, te esperaré aquí como siempre.

Era una mañana cualquiera cuando la pequeña hija del presidente irrumpió en la tranquila sala de estar que servía de hostel para las múltiples bolsas con sus respectivos percheros.

Vestía un traje oscuro, y un singular velo que cubría ligeramente la pequeña cabeza.

Pocos segundos bastaron para que la primera dama llegase, en las mismas condiciones que la hija, y con el mismo curioso traje. Lágrimas caían de los azules ojos de la pequeña, que sin siquiera mirar los otros percheros, se dirigió directamente al de porcelana y tomó la bolsa. Una ansiosa e intrigada bolsa se despide de su amigo el perchero. El perchero triste por la despedida, le desea desde su inmóvil puesto, la mejor de las suertes.

La pequeña de rubios cabellos, estaba fuera de sí. Miraba al cielo en búsqueda de una imaginaria ayuda que nunca llegaría. Estaba ida, y si no fuera por la claridad de sus ojos, cualquiera sospecharía que la chiquilla presentaba un exceso de drogas. La primera dama la seguía. A la vista de todos, la imponente mujer parecía nada más que un perro. Prácticamente una esclava de sus vicios.

-¿Vicios de qué?- se preguntaba la bolsa, incrédula, por la extraña actitud de las usualmente alegres, mujeres de la casa.

Las dos mujeres más poderosas, suben lentamente y con aire de dolor, al oscuro auto.

La bolsa, desde su puesto, observaba a través de las cristalinas ventanas, todo lo que podía.

Familias felices por doquier. Perros de raza ladrando a coro, mientras que los entrenados amos, corren detrás de ellos; por supuesto, ambos, perros y hombres, con los más distinguidos y elegantes trajes que el caluroso y brillante sol llegaba a permitir.

La bolsa miraba curiosa, cada pequeño rasgo que el agraciado mundo le mostraba, y finalmente satisfecha, se dijo a sí misma que ya lo había visto todo.

El auto se detuvo de improviso. Un fuerte y resonante sonido hizo volver a la realidad a la adormecida bolsa. Observó una sustancia rojiza y viscosa que resbalaba por la anteriormente cristalina ventana. Finalmente, entre gritos y empujones, la desdichada bolsa, salió volando por la ventana.

El lujoso auto, ahora teñido de rojo, partió sin resistencia y a una velocidad considerable. La bolsa permaneció en el sucio pavimento durante cierto tiempo, más no lo suficiente para que un grupo de maltratados niños, no asomarán sus narices.

-Mira, Michel, ¿acaso no es una linda bolsa? Anda, ¿la recogemos?

-¿Acaso estas ciega, Rhonda? Esa es una bolsa de "los de arriba", sabes en los problemas que nos podemos meter si Rudy se da cuenta que la recogimos.

-No se enterará, vamos, sabes que quieres llevártela...

-Te he dicho que no. No nos servirá de nada...

-Dale, Michel, es mi cumpleaños, déjame conservarla...

-Aagh, está bien, si tanto insistes... Pero que no te la vayan a encontrar, eh.

-Muchas gracias, no te defraudaré.

La bolsa, sorprendida por aquellos demacrados chicos, no se resistió en ser llevada.

-¿Qué llevas tan escondido?- preguntó con agresividad Rudy.

-Nada, Rudy, sólo me ensucie un poco con aserrín de las chimeneas que me hiciste limpiar...

-Y supongo que traes el dinero contigo, ¿cierto? Ah, que maravillas puedo hacer con diez dólares, tragos, mujercitas, hierba, es el paraíso.

- ...

-¿Y bien? Dame el maldito dinero, asqueroso chiquillo. ¡¡Recuerda que soy tu padre y debes hacer lo que te ordene!!... Espera un segundo, ¿qué tienes en las mejillas? ¿Acaso son migas de pan?!

Sin siquiera dejar que el chico explicase, el hombre se levantó, y de un tirón, le agarró los genitales fuertemente al chico, que lloraba a mares de sufrimiento.

-¡¡Suelta a Michel, Rudy!!- gritaba a sollozos Rhonda.

-Cállate puta, no te metas.

Poco a poco, la bolsa pudo observar la sangre del niño recorriendo su andrajosa cara que lucía espeluznante a la luz del sol. El niño, inconsciente, cayó sin remedio en el húmedo cemento.

El horrible hombre desapareció sin más y dejó a su suerte al desdichado par. Sonreía.

La bolsa no entendía. ¿Qué era aquel líquido escurriendo por sus mejillas?

Rhonda, llorando, arrastró a Michel, mientras que la bolsa tiritaba de frío en el congelado suelo.

Unos minutos después, una seductora señora con escote pronunciado y cartera en mano, se fijó en la humilde bolsa. La mujer tenía castaños cabellos y un lunar bajo el labio, que podría poner en desesperación a cualquier hombre. Sin embargo, imposible esto era, ya que enigmáticamente, la mujer procuraba no ser vista, y usaba un largo vestido oscuro combinado con un chaleco y un sombrero, para lograr su propósito. Observó un buen rato la bolsa, quién sabe por qué, y curiosa, la colgó en su hombro y desapareció entre la bulliciosa multitud que obstruía hasta el más mínimo detalle del parque de enfrente.

La bolsa seguía extrañada por su anterior experiencia. Era un sentimiento agobiante que no sabía que existía. ¿Cuál era el motivo por el que sólo aquel hombre, Rudy, sonriese? ¿Por qué el pequeño soltaba agua por sus ojos? ¿Dónde estaban las risas y las caras limpias que mostraba "América TV"? Tan ausente estaba la bolsa, que no alcanzó a percatarse de que la mujer entró a un gran edificio. En la pared, un tablero ponía:

Piso 1 - Piso 2. - Piso 3, y así continuaba con unos veinte o treinta pisos más. La mujer presionó uno de los botones. La bolsa recordó el botón que la primera dama solía apretar mientras descansaba en su amplia cama de frazadas blancas como las nubes. Sonaba un timbre, y de la puerta, sin tardanza alguna, diez hombres de todas las edades, venían raudos a recibir sin ninguna queja, cualquier petición que la mujer más importante del mundo necesitase.

Una voz salió del tablero. Era una voz masculina que parecía en apuros. Se escuchaba alterado y enojado a la vez. La mala acústica de la sala de recepción del edificio, impidió que la bolsa lograra escuchar siquiera.

La sobria mujer continuó su camino hacia el ascensor, que retrataba su rostro en todos los espejos continuos a la entrada. La bolsa pudo observarse a sí misma, cosa que nunca había realizado. Vio un enclenque y empolvado bolso que sobresalía de los hombros de la señora. Se sobresaltó. ¿Qué sucedía? ¿Por qué era tan diferente a las demás bolsas que la primera dama usaba?

Desde el perchero, la bolsa sólo observaba belleza. Observaba brillo, observaba blancura. Pero lo que se encontró al otro lado del espejo, ni siquiera se asemejaba al determinado estereotipo.

¿"Qué soy?" ¿"Cómo soy?"

La puerta mecánica del ascensor se abrió, y la mujer salió corriendo de éste.

Iba apresurada, como si su vida dependiera de ello. A lo lejos del pasillo, y hacia dónde se dirigía la mujer, el letrero ponía: "Suite presidencial".

La exhausta mujer tomó la llave dentro de su cartera, y abrió con delicadeza y nerviosismo, la lujosa puerta.

-Ven hacia acá puta...- se escuchó desde la habitación cercana.

El digno y calmado rostro de la mujer, se convirtió en un tembloroso saco de remordimientos e intranquilidad. Un rostro desconfiado pero que a la vez no tenía más opción que acatar órdenes. Se acercó lentamente hasta la habitación. El hombre, pasado de copas y semidesnudo, se levantó de la cama de 3 plazas.

-¿Dónde estabas...?

- ...

-¡¡Responde maldita perra!!

- Fu... fui al mercado a comprar verduras...

-¿¡Verduras!?! ¿Crees que me creo ese cuento? Fuiste dónde la otra perra de Marieh, ¿no es cierto? Ya te dije que no quiero que vuelvas a salir con tus amigas, ¿¡¡escuchaste!!?! ¡Tú deber estar conmigo! Ve a la maldita cocina y haz algo para comer, que me muero de hambre...

-Si amor- dijo resignada e impotente la mujer.

La mujer comenzó a llorar. Sus lágrimas llenas de dolor y sufrimiento, caían una tras otra en el largo mesón de la cocina. Se preguntó cuándo fue que todo cambio de esa manera.

Solía sonreír.

Solía disfrutar.

Solía vivir.

No alcanzó siquiera a sacar la carne congelada del frigorífico, cuando de pronto y desde el living, un resonante sonido comenzó a expandirse por sus oídos. El hombre estaba durmiendo, posiblemente por las diez botellas de tequila que permanecían inmóviles al lado de la cama.

El ruido parecía provenir del maletín del hombre. Era un mensaje de texto que le había llegado al celular.

“Ya sabes cuándo nos podemos ver, distinguido Senador Frank; aparté la mejor habitación del motel para nuestro encuentro. Una pregunta: ¿Qué prefieres más, la del misionero o el helicóptero? No puedo esperar para que nos divirtamos como solíamos hacerlo. Besos.

-Michelle

La mujer no podía darle crédito a sus ojos. ¿Ese era el tipo del que se enamoró?

Comenzó a leer cada mensaje, cada uno de mujeres diferentes en los que quedaban para una noche en el motel.

-¡¿Qué estás viendo eh?!- provino el grito desde el marco de la habitación.

-Frank- dijo la mujer, entrecortada por el llanto -¿qué significa esto?

-Aah, son unas cuantas amigas que conozco de por ahí, nada serio...

-¿¡Nada serio!? Eres un poco hombre, desgraciado. ¡Maldito imbécil, hay por lo menos mensajes de 20 mujeres diferentes y sólo durante este mes!

-Tranquilízate...

-¡¡¡Cómo mierda quieres que me tranquilice!!! ¡Y lo dices como sí no fuera nada serio!

De un golpe en la cabeza, Frank inmovilizó a la mujer.

-Escucha amor, yo te adoro, sabes que lo hago. Pero necesito mi espacio, y tú, actuando así, no me lo permites... escucha, por los niños, te perdonaré, pero sólo por esta vez, y no quiero que vuelvas a levantarme la voz, ¿me entendiste?

Diciendo esto, Frank pateó el fracturado cuerpo de la mujer, y la dejó tendida en el suelo que poco a poco, se llenaba de sangre que escurría de su boca. La mujer no podía moverse, así que solamente lloraba esperando por alguna ayuda. Una ayuda que probablemente nunca llegaría.

-Voy a salir esta noche amor. Me voy a ver con Michelle. Deberías conocerla, estoy seguro de que se harían muy buenas amigas, jaja. De casualidad, ¿tienes algún regalo que le pueda dar? Un caballero

siempre debe llegar con presentes a la hora del encuentro, jeje...

-¿Y esta bolsa? Al parecer no estuviste sólo con Marieh, ¿no es cierto? Fuiste de compras, ¿no?

Frank se acercó a la mujer, y le pateó el estómago sin remordimiento alguno.

- En fin, creo que será un buen regalo para Michelle, ¡adiós, querida!

La bolsa no podía olvidar el denso líquido rojo que escurría del pequeño Michael, y que ahora lo había visto una vez más en aquella señora. Adonde se dirigía, se preguntaba.

El hombre camino como si nada hubiera pasado, y sonriente, se perdió con la bolsa entre la muchedumbre.

La multitud se amontonaba a su alrededor, y la prensa clamaba por unas palabras al destacado senador. El hombre risueño, sonreía a todas las cámaras y contestaba a todas las preguntas.

En medio del asunto, la bolsa se ahogaba. No podía soportar aquella presión que la inmiscuía en la más honda depresión. Todo había sucedido muy rápido. Niños en condición precaria llorando, mujeres maltratadas, hombres poderosos que se aprovechaban del poder que su cargo les otorgaba... ¿Eso es la felicidad de la que tanto había escuchado en los blancos pasillos de la casa? ¿Acaso la felicidad le era permitida sólo al más fuerte? ¿El grande gobernaba? En este frío mundo, lleno de decadencias y moral por el piso, al parecer, así era.

Fue el momento en que el senador Frank Jones, hizo el ademán de aceptar las múltiples flores que se le entregaban, el que un cauteloso franco tirador a kilómetros de distancia usó para presionar el duro gatillo del rifle, que en unos segundos transmitió aquel mortífero mensaje, a la bala, que con elegancia y precisión, atravesó la sien izquierda del aclamado senador.

Gritos por todas partes, gente corriendo de un lugar a otro. Gente que, en ese momento, estaba

a la merced de aquel despiadado tirador, que de un momento a otro, desapareció de la terraza del edificio Wallyard, para aparecer posteriormente, en la terraza del edificio Roosevelt, que se conectaba con un viaducto. El hombre, feroz, continuaba con tranquilidad, la tarea que se le fue encomendada: provocar disturbios en la vía pública para evitar que se descubra el real propósito del atentado.

La bolsa, nuevamente se vio obligada a observar con ingenuidad, la cruda escena. La sangre de uno de los hombres más importantes de los últimos años, recorría veloz, el piso de concreto, que era casi en su totalidad, tapado por las múltiples hojas que quedaban luego de el pasado otoño.

En la televisión de la tienda ponía: "Kennedy ha muerto. El mandatario demócrata, falleció ayer debido a una bala loca que se le incrustó en el cerebro, provocándole la muerte. Hoy, horas antes del funeral, el vehículo en que la primera dama y su pequeña hija se trasladaban al cementerio, fue secuestrado y hasta ahora no se tienen más noticias del suceso. Se espera que la policía logre comunicarse con el secuestrador para llegar a un acuerdo de..."

La bolsa continuó allí, esperando sin ilusión y con la mente en las nubes, a alguien que la recogiera. A alguien que la llevase de vuelta a la Casa Blanca, donde contaría con lujos de detalles cada suceso que aconteció en su aventura, lamentablemente, ya no veía el mundo con los mismos ojos. Ya no queda felicidad. Ya no queda esperanza. Ya no queda gracia. Nadie es igual en este mundo de desigualdades. Grandeza equivale a más poder.

Existe una burbuja. Una burbuja hecha de ingenuidad. Una burbuja hecha de cinismo. Una burbuja hecha de inconsciencia. Esa es la que rodeaba la Casa Blanca, se imaginaba la bolsa. Y esa inescrupulosa burbuja, que día a día se expande, lo hace hacia los sentidos, hacia los cerebros de la gente, que incrédula, actúa como el bombín.

Todos somos cínicos. Nacemos así, con una burbuja a un lado del cerebro. Una burbuja de basura. Una burbuja que con el oscuro petróleo de las ambiciones, se torna negro. No hay ángeles que intenten alejar la Casa Blanca de esta burbuja. Porque es una burbuja inamovible. Una burbuja que

se mantiene sostenida por la grandeza. Si quieres una burbuja más grande, adelante, ínflala. Pero no dudes que algún día aquella oscura burbuja negra como la mugre de la uña, reventará, y convertirá todo tu cerebro en una casa negra. Quizás antes que muera. Quizás antes que me dé cuenta.

Cazadores de almas

Felipe Bórquez

En el fin de los tiempos. Dios se ha reunido con Lucifer. Dios cansado de su creación le propone a su ángel preferido un trato, mejor dicho, una competencia sobre una de sus actividades favoritas: 'ganar adeptos'. Fijaron la competencia para el día del juicio final.

-La competencia se va a llevar acabo de este modo- propone Dios- el día del fin del mundo, tomaremos nuestras armas y a nuestros ejércitos y cazaremos las almas de los mortales

-Y... ¿cómo?- pregunta Lucifer.

-Fácil, debes matarlos, cortar sus cabezas y abrirlas, sus almas saldrán solas, pero deberá tener a cargo a alguien para atraparlas y custodiarlas.

-Me gusta la idea, pero ¿cazaremos en algún lugar específico?

-¿Qué pasa? ¿TIENES MIEDO DE QUE TE GANE? ¿No eres capaz de jugar en todo el mundo?

-NO ME PROVOQUES, NO ME PROVOQUES. ¡YO SOY MUCHO MEJOR QUE TÚ!

-¡BAJA TU TONO!- Dios se levanta a gritarle mientras lo acosa con la mirada- ¡no me insultes! ¡NO TE LO PERMITO EN MI REINO! ¡SI NO FUERA POR MÍ, TÚ NO ESTARIAS AQUÍ! (más tranquilo) hijo.

-De acuerdo. Acepto tu reto. 'con tal de pasar tiempo de caridad padre a hijo'-responde Lucifer con tono irónico.

-Tú eres el que no se acerca.

-No puedo mostrar debilidad ante mis súbditos.

-Comprendo. Tu hijo desea tu muerte.

-Todos desean mi muerte.

Después de dos meses, Dios manda a llamar a Gabriel. Le ordena que toque su trompeta profética. ES HORA DE CAZAR. Gabriel baja a la tierra y en todo el mundo, sin importar el horario, el cielo se oscurece con un tono rojo y se puede ver al arcángel mientras toca su fatal melodía.

La gente entra en demencia. Unos gritan, otros lloran. Se resguardan en sus hogares. Los sacerdotes de los diferentes credos llaman a rogar por el perdón. Mientras unos se embriagan otros saquean almacenes, bodegas, retails.

-Tomen sus armas- ordena Dios- es hora de matar.

Los arcángeles armados con ocho alas plateadas, un casco y una pechera de oro. Armados de una espada a dos manos de 200 cm desde la punta al pomo. Los serafines armadura completa de plata, dejando al cuerpo completamente protegido, seis alas de oro con una espada bastarda y un escudo circular con una cruz de oro en medio. Los principados vestidos con lamellares de metal

y arcos de oro y plata. Los ángeles comunes se protegían con un yelmo, un escudo de cobre y una lanza de plata de 3,5 metros. Todos miden alrededor de tres metros, excepto los ángeles que miden poco más de dos metros. Gabriel es el encargado en custodiar las almas.

Lucifer, con seis alas de obsidiana, armadura de oro y una gran hacha de cobre. Aztaroth desnudo como siempre, pero el lobo al cual está montado, está blindado en plata dejando ver sus ojos y colmillos. Belzebuth encarnado en una mosca mutante de tres metros. Behemoth con un yelmo, sus cuernos de oro y todo su cuerpo de elefante tatuado en tribal. Belial a pecho descubierto, un cinturón de plata y una maza de un metro, él es 'el guardián de las almas de Lucifer'. Mammón no será partícipe de esta actividad, por miedo a la traición es encerrado. Los demás demonios están sin armadura y con un estilo berserker.

-Gabriel, dirigitte a la isla Suqatra y tu Belial a Juan Fernández, en esos lugares se dirigirán las almas cazadas de cada reino. Sólo habrá una regla básica: NO EXISTIRA ATAQUES ENTRE LOS JUGADORES, SÓLO SE PODRA MATAR A LOS MORTALES. No se observará el credo de las personas, todos serán iguales para que no haya controversia, sólo son unas ovejas inútiles. ¿Entendido, hijo?

-Si, padre. Comencemos, mis hombres están inquietos.

Una gran zanja en el cielo fue la puerta para los inmortales, las dos hordas salían como enjambres de ovejas, aterrizando en la tierra. Infundiendo temor entre la gente. Fue un serafín el que empezó el juego, al decapitar a una anciana. Todos corrían, cabezas volaban y sangre manchaba las alas de los ángeles y los cuerpos de los demonios. Dios agarró a los sacerdotes acusados de pedofilia y les arrancó los genitales, los puso en sus bocas y les cortó la cabeza con una pequeña daga. Y de los sacerdotes puros, Lucifer se encargó de ellos.

La planta nuclear de Fukushima colapsó, en África el piso se elevó a altas temperaturas, fundiendo las rocas y transformándolas en lava; América Central comenzó a desaparecer por inundaciones, en Chile sufren un mega-tsunami en toda la costa, destrozando la Cordillera de la Costa. El Vaticano estalla en miles de pedazos atravesando a la gente, y así por todo el mundo.

La gente no comprende lo que está sucediendo, algunos insultan a Dios y otros los veneran. Los diferentes credos piden clemencia hacia sus deidades, pero todos ellos son uno solo: Dios padre, creador de este macabro juego.

Los jugadores le 'agarraron el gusto a la sangre', la competencia se está desviando. Los ángeles necesitan asesinar a los humanos y los demonios, bañarse en su sangre y violar a los muertos. Necrofilia es el fetiche de los demonios, pero no se compara a la necrofagia de los ángeles.

-Lucifer, controla a tus niños.

-¿Yo, padre? Son los tuyos quienes se comen a los muertos.

-¡No me importa quién mierda fue! Este no era mi objetivo.

-Estás irritado padre. ¿Cuál era tu objetivo?

-Darte una lección.

-Al parecer tu plan no es bueno. Yo llevo más almas capturadas, ¡SERÉ EL GANADOR!- Lucifer se aleja y llega hasta su bando. Mientras Dios susurra para sí mismo: esa es la idea.

Azathoth montado en su lobo desmiembran a los mortales, Behemoth los azota con su trompa hasta matarlos para luego engullirlos; Orobas, con cabeza y extremidades de caballo, agarra a las vírgenes para penetrarlas hasta reventarlas sin antes enviar sus almas donde Belial, que junto Gabriel están como locos guardando almas. Los serafines se dedican a destruir templos y centros de reuniones de falsos profetas que se encargaron de estafar a los mortales. Miguel cumple su trabajo y con velocidades sobre humanas decapita a pueblos completos, sin importar edad. Rafael es más compasivo y a los discapacitados los hace morir en sueños y sin dolor. Zadkiel mata a todo aquel que abusó -ya sea física como psicológicamente- de algún niño, aprovecha la competencia para vengarse de ellos. Todo esto sigue por un par de horas.

Ya pasaron cinco horas desde el toque de atención de Gabriel, ya no quedan humanos vivos. Los reinos se reúnen en el polo sur para el conteo final.

-¡Tengo el sesenta por ciento de las almas del mundo! -proclama Lucifer satisfecho.

-Te felicito hijo- dice Dios al colocarle una mano sobre el hombro en señal de afecto.

-¿Pero qué ganamos nosotros?- pregunta impaciente Belzebuth

-¡NO TE BASTÓ CON EL FESTIN DE SANGRE!- embiste Uriel

Dios detiene a Uriel, casi entran en conflicto si no fuera por Lucifer, quien calmó a los suyos. Uriel se vuelve donde los arcángeles.

-Bueno, para contestarte... hay un premio, todas las almas capturadas serán para ti (dirigiéndose a Lucifer) tú deberás velar por ellas, volverán a la vida, pero en tu reino.

"Señor... señor... pero qué sucede, señor no permita esto...". Los arcángeles preocupados intentan entrar hacer en razón a Dios, pero él no hace caso y se retira y todo su reino le sigue.

Ya en el infierno, Lucifer los reúne en la plaza: ¡HERMANOS!, ES UN DIA DE GLORIA. SOMOS... MÁS QUE DIOSES, TENEMOS PODERIO SOBRE ESTOS MORTALES... TODOS SERÁN RECOMPENSADO, SE LES ENTREGARÁ UN CAPITAL HUMANO PARA QUE FORMEN SU 'EMPRESA'. DIFRUTEN DEL TRIUNFO.

Dos años después, Lucifer se acerca a las puertas del cielo. San Pedro le hace unas preguntas de rutina, pero lo deja pasar.

-Era cuestión de tiempo para que vinieras a visitarme

-Viejo, no aguanto más. Los humanos son insoportables, hicieron que muchos de mis súbditos entraran

en demencia, unos demonios mataron a sus humanos, pero volvieron a aparecer. Muchos humanos no me obedecían y me insultaban y otros proclamaban mi palabra, pero todos sus dichos eran erróneos. Se pelean entre sí y me ruegan a cada rato... NO PUEDEN HACER NADA SOLOS... Dios lo interrumpe, le da a beber un poco de vino para calmarlo y le explica:

-Este era mi objetivo. Comprendo todo lo que sufres hijo, ¡cuántos desastres les mandé! Pero es común y... bueno era para que entendieras y dejaras de huevarme un rato, mi trabajo es el más difícil de todos.

El recuerdo maldito

Lilian Jiménez

Caminaba con prisa, como queriendo arrancar de la vida, o peor aún, de la muerte. Entró a la tienda de camping chocando con unas señoras que lo miraron desconcertadas. Buscaba algo parecido a una linterna, pero no lo era. Le dijo al vendedor que buscaba un recipiente de luz, negro y con líneas amarillas fosforescentes alrededor. ¿Qué más podría ser? Estaba eufórico, la adrenalina no lo dejaba dominar bien sus movimientos. Destruyó una carpa y derribó una torre de tazas metálicas. El vendedor asustado no entendía qué pasaba, mientras él repetía una y otra vez que debía encontrar ese recipiente y que debía estar en esa tienda. Se lo dijeron en un sueño... o quizás no fue sólo un sueño.

Desarmó estantes completos sin suerte. Entró a la bodega desesperado. Ya se acercaban y sólo podría salvarse con ese recipiente. Abrió todas las cajas, una a una, y se encontró que en la parte izquierda hacia el fondo estaba lleno de cajas vacías. Furioso comenzó a patearlas, desparramándolas por el suelo, y encontró una puerta. Era de madera vieja, algo sucia y descuidada. Su corazón comenzó a latir con rapidez. Su tercer ojo le avisaba que algo estaba por ocurrir.

Abrió la puerta despacio. Estaba algo asustado pero la excitación de saber que podía salvarse, y

mejor aún, salvar a su familia, era más grande. Había un pasillo largo y oscuro, la luz era demasiado tenue y le costaba ver. Dio un paso hacia delante deteniéndose al instante. Una voz dulce lo llamaba. ¡Moisés! ¡Moisés!.

Se armó de valor y comenzó a caminar siguiendo a la voz. Estaba rodeado de puertas, todas diferentes. Unas más grandes y otras más pequeñas. Con dibujos únicos y colores rojizos. Algunas de madera y otras de metal. ¿De dónde provenía esa voz?

Caminó hasta el final del pasillo. Y se encontró con ella. Era la puerta que había buscado desde los 5 años cuando tuvo ese sueño revelador. La primera vez que lo visitaron. Era alta, de madera de cactus. Tenía marcado dos círculos con tinta roja, como la sangre. Uno dentro del otro. Parecía que representaban el infinito.

La abrió con cuidado -¿Hay alguien?- preguntó con voz segura, que no sabía de donde había nacido. Entró y trató de dejar la puerta abierta. Pero de todas formas se cerró. Se dio cuenta que no tenía manilla. Ya no podría salir. No por ahí al menos.

Respiró dos veces profundamente para llenarse de valentía y comenzó a caminar. El lugar era frío y escalofriante. El papel que cubría las paredes estaba rasgado. El suelo estaba hecho de cemento sucio. El techo era negro, o quizás no había techo. Se encontró con una mesa de centro. En ella había un papel que decía "Bienvenido". ¿Dónde estaba? Al lado derecho nacía una escalera con forma de caracol. Comenzó a subir y llegó a otro pasillo lleno de puertas, pero esta vez todas eran iguales y estaban enumeradas. Parecía un hotel, el suelo estaba alfombrado y las paredes estaban pintadas de un color hermoso que él jamás había visto. La voz dulce volvió a llamarlo "Moisés, ven" Caminó un poco más rápido hasta llegar al final. 20 puertas ¿A cuál debía entrar? "sigue mi voz, ven" le decía la voz casi en un susurro. Cerró los ojos y comenzó a caminar a ciegas solamente escuchándola. Cuando los abrió estaba frente a la puerta número 7. Giró la manilla escuchando su crujir.

Le dolieron los ojos, sintió como si le estuviesen enterrando mil agujas por minuto. Todo era demasiado blanco. Había una mesa enorme en el centro. Parecía de mármol, pero era blanca. Alrededor estaban

sentados cinco seres formados de qué, ¿yeso? Eran altos, con ojos de una oscuridad profunda sin pupilas. No tenían boca. Tampoco nariz ni orejas. Se movían como si flotaran. Eran blancos, pero diferentes, unos más azulados, otros amarillentos. Sus dedos eran largos y parecían tener uñas de gato, filosas y puntiagudas. Sus cuerpos eran cilíndricos y en la garganta se podían ver los gases subiendo y bajando. El que estaba en la cabecera de la mesa, le ofreció asiento. Las sillas eran cristalinas. Él lo hizo, pero no por su propia voluntad. Estaba actuando dominado por algo que no podía entender.

- ¿Quiénes son?- Les preguntó con voz temblorosa.

- Cállate terrestre- Le dijo el líder despectivamente.

- ¿Son... selenitas?- Preguntó casi en un susurro.

Las carcajadas resonaron por todo el cuarto. Hablaban en un idioma extraño ¿Si no eran selenitas, eran marcianos? ¿Qué querían? Desesperado comenzó a mirar para todos lados tratando de encontrar alguna salida. Y lo vio. Estaba en un estante rectangular y transparente. Era más grande de lo que recordaba. Y las líneas amarillas brillaban de una forma sorprendente. El recipiente que podía salvarle la vida estaba ahí.

Uno de los seres lo tomó por la cintura y se lo llevó a otro cuarto. Igual al anterior pero solamente con una silla.

- No te preocupes, sólo queremos entrar en tu cerebro y robarte el recuerdo- Le dijo amigablemente.

- ¿Qué recuerdo?- Preguntó Moisés, aunque ya sabía la respuesta.

- El que te dejó la princesa. Te lo explicaré. Yarceje dominaba el planeta Letmosis, se iba a casar con la princesa Camber pero conoció a la doncella Berlonta del planeta Sparlon y se fue

con ella. La princesa furiosa le pidió al rey que destruyera ese planeta, pero él se negó. Amenazó a todos diciendo que iría a la tierra y rebelaría nuestra existencia, los convertiría en esclavos y nos destruiría. Y lo hizo. No eres el único que cree que al abrir el recipiente se salvará. No hay salvación. Solamente dejarás libre a la princesa y los destruirá. A nosotros no nos importa destruirlos, son los seres más débiles del universo. No son una amenaza ni tampoco son útiles como esclavos. Pero nuestra existencia desarmaría su mundo. Su soberbia los haría creer que son más poderosos que nosotros y bueno, no queremos perder el tiempo matándolos. Al final lo harán ustedes solos.

Moisés estaba perplejo, desde pequeño supo que no estaba solo pero nunca pensó que algo así le pasaría. Aquel ente acercó una maquina, era gris y tenía dos brazos, y en las manos tenía 6 dedos. Se acercaban lentamente a su cabeza. De repente entró el líder, y comenzó lo que parecía una pelea con el ser amable. El sentimiento de desconfianza dominó sus sentidos y salió corriendo. Llegó hasta la otra habitación, estaba vacía. Se acercó al estante y rompió el vidrio. El recipiente era pesado, parecía hecho de metal y olía a azufre. Lo abrió y los ojos se le irritaron. Perdió el equilibrio y se cayó, golpeándose en la cabeza. Cuando despertó la voz dulce lo llamaba, abrió los ojos y estaba frente a ella. Era la princesa. Miró a su izquierda y estaban los seres. El líder le gritaba "humano estúpido", la princesa se reía. Se acercó a él y lo tomó en brazos. Lo amarró a una silla.

- Gracias terrestre, siempre supe que tú serías el que me liberaría. Lo vi en tus ojos aquella noche que nos conocimos, eras tan estúpido que pensaste que era un fantasma. Ahora sólo falta esclavizarlos a todos y mi venganza será recordada por todos los tiempos. Nadie más se burlará de mí. Todos se arrodillaran y me besaran los pies.

Aterrorizado miró a los entes que estaban encerrados en un campo eléctrico. ¿Por qué lo había hecho? Ahora lo iban a matar junto a todos. Le avisaron y no escuchó. Un ruido potente proveniente de la otra habitación lo dejó sordo por dos minutos. Entró un ente más grande. Parecía que estaba hecho de fuego, pero era azul. De sus manos emanaba un gas tóxico que inmovilizaba a todo aquel que tocaba. La princesa cambió de color, se puso verde mezclada con amarillo. Con sus manos tiraba vientos, como huracanes. Comenzaron a pelear. Los demás lograron salir de la cárcel invisible. Liberaron al humano estúpido. El líder le dijo que sólo él podía encerrar a la princesa en el recipiente

que estaba en el otro extremo de la sala. Moisés corrió lo más rápido que pudo. La princesa lo persiguió y de sus manos nació una soga de viento que lo dejó inmóvil. El ser de fuego voló y envolvió el cuello de la princesa con el gas. Corrió con los pulmones apretados. Cada vez le costaba más respirar. El recipiente estaba sólo a 70 centímetros de él, saltó tratando de agarrarlo, pero todo se comenzó a desvanecer.

Sintió un mareo, las piernas le temblaban. Todo se veía borroso, parecía como si alguien estuviera absorbiendo su alma. Oscuridad, temor. Y con un golpe eléctrico en el corazón, llegó la luz. Abrió los ojos. Desesperado comenzó a tocarse la cara. Tenía todo en su lugar. Estaba mojado, las sabanas estaban mojadas. Le caían gotas de los bigotes. Pero estaba bien. Estaba vivo. Se levantó con dificultad y prendió la luz. Los muebles estaban donde mismo. La maqueta que debía entregar en la universidad estaba en su escritorio. La ventana seguía media abierta, como él la había dejado antes de acostarse. El cielo anunciaba que estaba por amanecer.

Se sentó al borde de la cama. Comenzó a masajear su cuello para sacar la tensión que le había dejado la peor pesadilla de su vida. Pero algo no estaba bien. La piel estaba irritada, podía sentir que tenía dos círculos marcados. Desconcertado se acercó al espejo colgado en el baño. Y ahí lo vio. Los mismos círculos que había visto en la puerta que lo llevó al otro mundo. ¿Cómo era posible? La gravedad se comenzó a desvanecer de a poco. Trató de agarrarse del lavamanos. Pero no lo logró. Se pellizcaba tratando de despertar. No podía creer que no era un sueño. No podía entender cómo podía jugar con su mente de esa forma. ¿Por qué lo hacía? Apareció la princesa maldita. Una luz comenzó a rodearla, haciéndose parte de ella lentamente. Resplandeciente, poderosa. Le costaba respirar. El olor a azufre pateaba sus pulmones y le quemaba la garganta. La luz ya se había adueñado de todo el espacio. Sólo podía ver sus ojos sin expresión. Le costaba mantener la cabeza firme, sintió un cosquilleo en todo el cuerpo. Se le adormecieron las piernas y los brazos. Le dolía el alma. Y de nuevo sintió como si le absorbieran la vida. Alguien comenzó a llamarlo, pero no era la misma voz dulce de aquella maldita que lo traicionó. Él conocía esa voz. Su madre.

La tierra lo atraía hacia ella a la velocidad de la luz. Llegó de golpe, al igual que el dolor en su hombro derecho. Estaba sangrando. Le habían disparado. No podía recordar por qué y tampoco

le importaba. Se tocó el cuello con su mano izquierda y no estaba, la marca no estaba. Su madre lloraba desconsolada a su lado, mientras la ambulancia se escuchaba a lo lejos.

Dana Véliz

"Pase lo que pase, debes correr, sólo correr y mirarme". Son las palabras que depositaban esperanza y calor en los sentimientos de Jake cuando éste se encontraba cara a cara con la muerte. Y es que, para 1938, posar con una diferente idea del amor, significaría la represión y la exposición a decenas de devoradores de sueños que estarían dispuestos a arrancar cualquier pedazo de humanidad al alcance.

En esas fechas, eras un joven maravilloso y humilde. '¿Entonces por qué?' te preguntas ahora con melancolía, pero desgraciadamente no se pueden hallar respuestas de lo que no se podría preguntar. Lo conoció un viernes en la noche, después de haberse escapado de alguna pelea familiar. Llorabas como un niño perdido, ya que tu situación era similar, esperabas que alguien viniera, que alguien te tendiera una mano en tu corto llanto. Pero esa persona no llegó hasta que tus lágrimas dejaron de salir. Sentado en aquel asfalto abandonado, sentiste un extraño calor en tu hombro. Al subir tu mirada viste a otro de tus iguales a tu lado, sosteniéndote delicadamente. No se hablaron, él no quería saber tu pesar ni tú querías contárselo, así que fue el encuentro perfecto, en el lugar perfecto, en el tiempo incorrecto.

Los días siguientes aprendió mucho de él. Su nombre ya no era extraño, era Robert, su edad era tan solo tres años mayor que la tuya, tenía una pequeña hermanita llamada Helen y era el chico más simpático que hayas conocido.

Cuando ya habían pasado dos meses empezaste a dudar si lo que sentías era admiración o algún otro sentimiento, pero guardaste un profundo silencio hasta aquella fiesta navideña. Ahora te ríes al recordar tu sorpresa al sentir sus labios por primera vez. Esa noche había marcado el término de una monótona historia para dar comienzo a una tragedia inminente.

Recuerdas a través de vagas fotos antiguas su infructuoso, pero romántico noviazgo. Recuerdas que viejas calles y callejones de Stugratts en las noches de invierno nunca fueron tan cálidas como en ese entonces. Cuando nada se oponía, cuando nadie sabía nada. Aprietas los puños con rabia al vivir en tus recuerdos la desagradable noticia de que el gran Führer del que tu padre recibía su paga, exterminaría a todos los homosexuales que pudiera. El miedo se apoderó, en ese entonces, de tu pobre y miedosa mente. Tenían que terminar, esa era la única salida que la mente de Jake podría imaginarse. Si era difícil imaginarlo, verlo allí parado, cara a cara, con su rostro sorpresivo y desentendido hizo que el corazón del menor se rompiera y soltara en un llanto diciendo todo. Robert no dijo nada, sólo lo abrazó cálidamente, acariciando su cabeza hasta que este ya estuvo tranquilo otra vez. Acordaron ahorrar lo suficiente para salir de la fría Alemania hacia cualquier otro país, trabajar y reunir lo suficiente para lograr su objetivo final, instalar una pequeña vivienda en algún lugar de Las cataratas del Niágara y finalmente poder envejecer juntos. Ahora te es difícil pensar en cómo no supieron lo que pasaría. Todo iba tan bien en ese entonces, nadie sospechó nada, ya habían reunido lo suficiente para salir de Stugratts y, tanto su padre como su jefe, sólo pensaban que se trataban de dos amigos en busca de emociones en un lugar diferente, solo bastaría con salir de aquel límite y todo lo demás sería pan comido.

Eran más o menos las tres de la mañana cuando te encontrabas en el tren de junto a tu amante. Estaba casi vacío, con excepción de algunas parejas ya dormidas. Él quiso tomar tu mano, pero tú y tu miedo no se lo permitieron. Se sentaron al final de las filas, mirabas la penumbra de Stugratts con un poco de preocupación, pero Robert cerró las cortinas y acarició dulcemente tu barbilla, tú sólo

cerraste los ojos y trataste de alejar su mano de ti. El no dijo nada, sólo te sonrió, luego dio un bostezo y se acomodó en el asiento. Tú lo observaste por un tiempo y luego observaste tus manos hostigándote con pensamientos. Al sentir la voz de Robert llamándote giraste tu cabeza y el golpe que recibió al besarte de improvisto era digno de una condecoración, rieron dejando escapar miradas delatadoras que podrían o no haber alertado a todo el Tercer Reich sobre su posición.

El tren siguió su camino conforme a lo que Jake planeaba. Suspiró agradecido de la ignorancia que creía que poseía el mundo. Ahora él va, con un lento caminar, por su botella de whisky y se sienta de nuevo con rencor en su interior, recordando cuando al abrir los ojos en aquel tren una sensación extraña recorrió por el cuerpo de ambos, el tren estaba detenido, vacío, sombrío. Se levantaron de los asiento y con suma cautela siguieron su camino hacia la salida principal, asemejándose a dos pequeños ratones hacia su propia trampa de metal y madera. Allí fue donde encontraron a su calvario, sólo eran cinco soldados, desarmados, los subestimaron ¿quizá? Y a un lado la responsable de todo. 'Putá' repetiste en tu mente después de recordar la horrorizada cara de ésta al señalarlos y decir 'son ellos'. Les dijeron que bajaran calmadamente y nadie saldría herido, pensaste que ese era el fin, que todo estaba perdido, pero ese era sólo un comienzo gracioso. El único que asintió fue Robert, calmado como siempre, se dispuso a dar un paso soltándose de tu mano. Pero nunca te imaginaste que él le arrebataría del bolsillo a uno de los guardias su arma. Aún niegas con la cabeza como si lo que pasó no fuera del todo real. Dos tiros y corrió hacia el centro de manejo del tren y enseguida lo puso en marcha a toda velocidad, tú solamente te quedaste allí, pálido, tembloroso. '¿Cómo supiste lo del arma?' Dijiste con el hilo de voz que te quedaba. 'Mi padre es soldado' dijo con un extraño tos en la voz. El de la bestia ¿Quizá? '¿Y lo del tren?' esa vez el mayor no se había dignado a responder hasta después de varios segundos eternos 'El amante de mi madre es maquinista, la verdad con los dos me llevo mal'. Te le acercaste con miedo, lo viste temblando, no se te ocurrió nada más para decirle que 'Lo has matado'. Diste un salto de susto cuando escuchaste un golpe sordo que provino del tablero, luego observaste el puño de tu novio 'Lo sé, lo maté' lo oíste decir tratando de ocultar tu desesperación. Te acercaste más, hasta ver su cara cubierta de lágrimas mientras hacia un infortunio esfuerzo de controlar el tren junto con sus emociones. Era la primera vez que lo veías así. No dijiste nada, sólo lo abrazaste por la espalda y el trató de controlarse lo más que pudo.

Pasaron horas increíblemente silenciosas hasta que oíste al mayor contener la respiración. 'Nos interceptaron' el miedo en ti fue casi automático, esta vez el descontrolado eras tú, no tuviste rodeos al sollozar chillonamente. Un beso en la frente captó tu atención. 'Detendré el tren ahora, nos dará un tiempo para escapar, no te preocupes. Te mantendré a salvo, lo prometo'. Se escuchó el freno seco y respiraste profundamente mientras te preparabas para salir a un bosque que hizo el perfecto campo de batalla más decisivo del que te esperaba a futuro. Saltaron desde una salida de emergencia pero después quedaste inmóvil, como un hielo, una estatua paralizada por el miedo. Sentiste el fuerte calor del abrazo por parte de Robert. 'Pase lo que pase, debes correr, sólo correr y mirarme' asentiste temeroso y corrieron como jamás lo habían hecho. Aún se hace presente en tu mente el sonido exacto del grito de aquellos soldados persiguiéndolos, el de sus armas intentando afinarles. Uno apareció entre la maleza y amenazó con atraparte, cerraste los ojos con fuerza un buen rato y el quejido del mayor hizo que los abrieras de golpe. Lo tenían acorralado, era el fin. '¡Corre, mierda, corre!' reactivo toda tu mente, y le obedeciste. Corriste a una intensidad que tú mismo desconocías y se prolongó hasta que escuchaste un disparo. Reaccionaste y caíste al suelo llorando, sufriendo, lo habían matado, te habían matado.

Los siguientes años formaron lo que eres ahora, sin embargo, recuerdas con una vaga memoria aquel tiempo. El convertirse en uno más de la multitud de inmigrantes ilegales de Estados Unidos, cambio de nombre, el aprender una lengua extraña y hasta aquel día, desconocida para ti, incluso el alistamiento voluntario en el ejército capitalista. Pero lo que recuerdas con claridad es tu odio, tu rencor y tu melancolía que te permitieron salir adelante en aquellos dos años. Una sádica sonrisa se formó en tu rostro al recordar los balazos, las mutilaciones, la destrucción y los sollozos y suplicas negadas de aquellos infelices alemanes, después de todo, para tus ojos sólo eran los asquerosos y despreciables asesinos nazis de tu única fuente de vida. Recuerdas muy bien cuando murió el líder de la bandada en un acto tan degradante que te hizo reír como nunca habías reído.

La condecoración que te obsequiaron fue muy justa, nada menos que ciento tres alemanes muertos.

Ciento tres venenos purificados, ciento tres armas desmanteladas.

Recuerdas la ceremonia en honor a tu persona, eras poderoso, una leyenda por los actos que te enseñó tu difunto amante. Querían entregarte el título de comandante del ejército americano. Lo negaste educadamente y pediste a cambio un lugar permanente para descansar hasta la hora de tu fin.

Después de todo, te has quedado con nada más que fotos y millones de recuerdos y sensaciones que te acompañaran de por vida, sin mencionar, el sombrío recuerdo que te acompaña cada día. Al fin pudiste llorar en paz, llorar y sollozar por cuarenta primaveras, cada una con más intensidad que la otra.

Muchos pueden encontrarte entre las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde dando recorridos por el monumento más romántico del mundo y si ese día es un viernes del quince de agosto estas del suficiente humor para contar sobre aquella tragedia que te persigue cada segundo de tu penosa existencia. Pero recuerda, siempre debes terminar con un: Robert, fuiste la única razón para despertarme y sonreír, ahora no sé porqué me encuentro aquí. Pero aún sigo vivo.